

La escritura inaugural
de Mario Vargas Llosa
RAÚL RIVADENEIRA PRADA

Para adentrarse en el sórdido ambiente de *La ciudad y los perros*, y para abrir los aposentos de la narrativa vargasllosana la clave es, como lo ha revelado el autor, el realismo narrativo forjado en la fragua de la excelencia literaria por Gustave Flaubert, a mediados del siglo XIX, amén del fuerte influjo que ejercieron y aún ejercen sobre la obra global de Mario Vargas Llosa los novelistas William Faulkner, Jean Paul Sartre, André Malraux y Ernest Hemingway, entre los más influyentes.

Todo escritor hereda el rico patrimonio de la acumulación cultural, para describir y relatar sus experiencias vitales y las de sus semejantes, nada se construye sobre la nada. Mas, hay un instante mágico, decisivo en la vida del escritor, en que al modo en que se revelan los misterios a los “iniciados” del Templo de Armakis, alumbró su mente una luz que le señala el camino sin retorno. Se convierte así en un “iniciado” en los misterios del arte de la palabra. Si ese instante lo pilla distraído pierde, tal vez, la única oportunidad de alcanzar sus más caros anhelos, pero, si reconoce los signos de la revelación, queda abonado el terreno donde ha de cultivar buena obra, socorrido por su estro y por la Musa de su arte. Como los iniciados de Armakis.

Claudio Guillén habla de la influencia de Kafka en la estructura narrativa de Jorge Luis Borges. El propio Borges ha dicho reiteradamente: *Mi primer recuerdo de Kafka es del año 1916, cuando decidí aprender alemán. Fue entonces cuando leí el primer libro de Kafka que se llamaba Once cuentos. Después tuve oportunidad de leer El proceso y a partir de entonces lo he leído continuamente.* Borges tenía entonces diecisiete años, la misma edad en la que Vargas Llosa quedara fascinado por *Madame Bovary*.

Juan Rulfo venció su natural timidez a manifestarse como escritor después de leer a James Joyce: “Mi primera lectura, aquella que me abrió los ojos fue *El artista adolescente*, de Joyce”. No pocos críticos sostienen que Faulkner influyó en Rulfo, hecho que el autor de *Pedro Páramo* ha desmentido señalando que su obra nada le debe a Faulkner. Los críticos cuestionados pueden haber interpretado, indebidamente, la notable influencia de James Joyce en la literatura de Faulkner como la fuente de una relación causal (Joyce-Faulkner-Rulfo) ecuación poco contributiva a un provechoso análisis.

Gabriel García Márquez “descubrió” su destino de escritor, cuando a los diecisiete años entró en el mágico mundo de Kafka con la lectura de *Metamorfosis*. Mario Vargas Llosa ha evocado más de una vez la impresión que le causaron, cuando era adolescente, la película y la novela *Madame Bovary*, de

Flaubert. Dice: “Este es el libro que más sorpresas me ha deparado y gracias al cual comencé a sentir que se hacía realidad el sueño que alentaba desde el pantalón corto: llegar a ser algún día escritor”. Una vez iluminados por la luz de su estrella literaria, los escritores solo tienen que ejercitar su inteligencia para crear obras como las de Homero, Horacio, Cervantes, Shakespeare, Dickens, Flaubert, Dostoiéwski, Proust, Joyce, Faulkner, Rulfo, García Márquez, Vargas Llosa y muchas otras para gloria de las bellas letras con que la humanidad se encumbra por encima de las otras especies.

En materia de influencias, la historia de la literatura universal es una larga cadena con el último eslabón dispuesto para unirse con el próximo. Hablando de decisivas influencias, sobre Vargas Llosa influyó Flaubert; como sobre este influyera Charles Dickens. Pasando por alto el abultado juicio de Edward Morgan Forster, que dijo, en 1872: “Sam Weller y Mr. Pickwick son el Sancho Panza y don Quijote londinenses”, es evidente que hay en Dickens un fuerte influjo de la obra mayor de Cervantes Saavedra.

¿De qué manera se inspira Vargas Llosa en la obra de Flaubert para producir *La ciudad y los perros*?

Veamos, al respecto, lo que el nobel peruano escribe en *La orgía perpetua*:

“El relator invisible es el eje de la teoría flaubertiana de la impersonalidad, el instrumento que permitió poner esa idea en práctica. Fue cuando escribía *Madame Bovary* que Flaubert llegó a la convicción de que la obra de arte debía dar impresión de autosuficiencia y de que para conseguirlo era indispensable que el narrador se esfumara” (*La orgía perpetua. Flaubert y “Madame Bovary*. Ed. Seix Barral. Barcelona, 1975, pág. 218).

Vargas Llosa lleva a su molino el agua de Flaubert y transforma la realidad en una ficción artísticamente elaborada; distribuye la función del relator entre los personajes, pero a veces, el narrador se esconde en el entresijo de los diálogos para contar la historia del Liceo Militar “Leoncio Prado” y el entorno limeño que proporciona a *La ciudad y los perros* el marco social o el contexto en que la novela ha de desarrollarse. No hay una sucesión causal de los acontecimientos, sino activos y desordenados movimientos circulares que causan desconcierto. La presencia de varios relatores hace suponer que la obra se manifiesta desde diversos puntos de vista, como a través de un prisma, pero este es un recurso, un truco, un artificio para disimular la omnipresente voz del autor. A menudo el narrador se esfuma. De ahí en adelante, emergen con mayor nitidez los procedimientos creativos faulknerianos a que alude Efrain Kristal, y que Hugo Verani descubre también en la narrativa de Onetti. Esos procedimientos son el diseño del plan estructural de la novela, la manera de

contar la historia, fragmentándola; el tiempo retrospectivo y activo, al estilo cinematográfico, y las formas cambiantes con que se manifiestan los personajes. Kristal sostiene: “*La ciudad y los perros* es una novela (...) con deudas evidentes con *Luz de agosto*, una novela de William Faulkner que Vargas Llosa leyó con «lápiz y papel a la mano» cuando trabajaba en *La ciudad y los perros*”. El entusiasmo por la calidad de la obra hizo decir a María Valverde (1963) que la primera novela de Vargas Llosa era “la mejor novela de lengua española desde *Don Segundo Sombra*” y a José Miguel Oviedo que *La ciudad y los perros* es una de las mejores novelas escritas en español. Oviedo le había propuesto al autor tres opciones para titular la obra: *Los impostores*, *La morada del héroe* y *La ciudad y los perros*. Las traducciones al inglés se han publicado con el título *The Time of the Hero*. Vargas Llosa eligió la última. Acertada preferencia, si se toma en cuenta que a los personajes de la historia, estudiantes de primer año del Liceo Militar, se los llama “Perros”, suponiendo que el apelativo les cae bien por su conducta violenta e inmoral.

Los perros del Liceo hacen muchas perradas, es decir, “acciones villanas faltando bajamente a la fe prometida o a la debida correspondencia”, como dice el diccionario. Urden muchas maldades, cometen traiciones y vejámenes, y practican bestialismo sexual con la perrita mascota, La Malpapeada, y con otros animales.

El Leoncio Prado guarda tras sus muros una temible jauría de perros. Pero, además, varios de ellos tienen por apodos nombres de animales: Jaguar, Boa, Pluto, Piraña; un oficial parece un sapo y otro tiene facciones de animal carnívoro, zorro o lobo. Esta evidencia le hace decir a Marco Martos que esta novela, “de áspera belleza”, ofrece “una visión zoomórfica” del Liceo Militar y de la sociedad peruana o una “zooficción” donde todo se resuelve por medio de la violencia. Oviedo opina: “El Leoncio Prado funciona como un universo concentrador, como un mundo de límites perfectamente establecidos”.

Escritura inaugural

Pese a las influencias recibidas, empero sin la causalidad mecánica felizmente estacionada en la corriente naturalista del siglo XIX, la escritura de Mario Vargas Llosa es inaugural, es fundacional. ¿Por qué? –Porque se funde en moldes distintos de los costumbristas y naturalistas, en que se vació buena parte de la narrativa latinoamericana, hasta mediados del siglo XX. Es inaugural por su audaz temática novelística; porque pone en escena nuevos personajes, con todo y su lenguaje crudo, malsonante, que contrasta con el estilo elegante, muy próximo a la prosa poética con que el narrador enlaza hechos y protagonistas. Con esos recursos, novedosos para los lectores de los años sesenta, el joven escritor Mario Vargas Llosa, inscribe su nombre en la selecta

nómina de los fundadores del *boom* literario latinoamericano, compartiendo honores con García Márquez, Julio Cortázar, Carlos Fuentes y Juan Carlos Onetti. Es justo reconocer que el germen del “realismo mágico”, signo que identifica a ese movimiento, estaba ya en las obras de Alejo Carpentier, Jorge Luis Borges y Juan Rulfo.

La escritura de Vargas Llosa es fundacional con el sustento de la visión metafórica del deicidio, ensayada principalmente en la poesía: matar a Dios para asumir su papel creativo. *La ciudad y los perros* inaugura la nueva vida del joven escritor, abre la senda de una larga trayectoria de éxitos desde la obtención del Premio Biblioteca Breve de Seix Barral, en 1962, hasta el Premio Nobel de Literatura 2010; desde la publicación de su primer intento narrativo, el cuento *Los jefes* en febrero de 1957, por la revista *El Mercurio Peruano*, hasta la celebrada edición de *El sueño del celta*, con el sello de Alfaguara, en 2010. Medio siglo de cosecha de sazonados frutos en la narrativa, el cuento, el teatro, el ensayo y la cátedra universitaria. No mencionaré las decenas de libros y ni los centenares de ensayos breves de Vargas Llosa, solo apunto mi preferencia por *La casa verde*, *Conversación en la catedral*, *Pantaleón y las visitadoras*, *La guerra del fin del mundo*, *La fiesta del chivo* y *El sueño del celta*, entre sus novelas; entre sus ensayos, *La orgía perpetua* y *El viaje a la ficción*, y su libro de memorias *El pez en el agua*. Si en la novela el autor obsequia a sus lectores con un estilo pulcro, laborioso, como piezas de fina orfebrería, en el ensayo se explaya el docto maestro de literatura, el erudito, con muy amenas lecciones.

La orgía perpetua. Flaubert y Madame Bovary es, a mi modesto entender, una de las mejores obras de crítica literaria en lengua castellana sobre la novela más representativa del realismo literario enmarcado en el romanticismo tardío del siglo XIX. El título ha sido tomado de este luminoso aforismo de Flaubert: *La única manera de soportar la existencia es la de aturdirse en la literatura como dentro de una orgía perpetua*. Vargas Llosa parece llevar a la práctica la instigación flaubertiana, se sumerge en la lectura con febril ansiedad y escribe:

“Un libro se convierte en parte de la vida de una persona por una suma de razones que tienen que ver simultáneamente con el libro y la persona. Me gustaría averiguar cuáles son en mi caso algunas de estas razones: por qué *Madame Bovary* removió estratos tan hondos de mi ser, qué me dio que otras historias no pudieron darme. La primera razón es, seguramente, esa propensión que me ha hecho preferir desde niño las obras construidas como un orden riguroso y simétrico, con principio y con fin, que se cierran sobre sí mismas y dan la impresión de la soberanía y lo acabado, sobre aquellas abiertas que deliberadamente sugieren lo indeterminado, lo vago, lo en proceso, lo a medio hacer. Es posible que estas últimas sean imágenes más fieles de la realidad y de la vida, inacabadas siempre y siempre a medio hacer, pero, justamente, lo que sin duda he buscado por instinto y me ha gustado encontrar en los libros, las

películas, los cuadros, no ha sido un reflejo de esta parcialidad infinita, de este inconmensurable fluir, sino, más bien, lo contrario: totalizaciones, conjuntos que, gracias a una estructura audaz, arbitraria pero convincente, dieran la ilusión de sintetizar lo real, de resumir la vida. Ese apetito debió verse plenamente colmado con *Madame Bovary*, ejemplo de obra clausurada, de libro-círculo". No cabe duda, a Vargas Llosa le ha dejado honda impresión el que Flaubert hubiera transfigurado los datos de la realidad en una obra de arte, y repite el procedimiento, de tal manera que consagra en la literatura la razonable idea de que la realidad pura y simple, el acaecimiento cotidiano, pasa como un suspiro; hechos y personas están irremediabilmente condenados al olvido, a menos que se los lleve al terreno de la ficción: la realidad pasa, la ficción permanece, inmortalizada en la novela. Las obras de Vargas Llosa siguen el patrón de obra acabada, redonda, cerrada. Bastan dos ejemplos: *La ciudad y los perros* comienza y termina con *El Jaguar*; *El sueño del celta* comienza con Roger Casemont en una celda y termina con el mismo personaje en el patíbulo.

El autor de *La orgía perpetua* enseña que hay tres clases de crítica: la subjetiva, la objetiva o científica y la histórica o de exploración en los antecedentes literarios de una novela. No atisbaré en *La ciudad y los perros* por ninguna de estas rendijas, no es el momento ni el lugar para una crítica sistematizada, lo que no impide que se deslicen algunos juicios de valor, inevitables en un acto de presentación como este.

Hechos y personajes de *La ciudad y los perros* transcurren en dos planos tempo-espaciales sincronizados: el Liceo Militar Leoncio Prado, establecimiento educativo de nivel secundario, donde los internos reciben también rigurosa instrucción militar, y la ciudad de Lima, macro escenario peruano de complejos problemas sociales y culturales. La violencia despiadada, los prejuicios sociales y raciales, y las malas costumbres dominan ambos ambientes por la pugna de diversos intereses.

Edición conmemorativa

Al cumplirse cincuenta años de la concesión del premio Biblioteca Breve a *La ciudad y los perros*, sale esta edición elaborada por la Asociación de Academias de la Lengua y la Real Academia Española, bajo la supervisión de la Academia Peruana, que se suma a la colección de obras conmemorativas como la del *Quijote*, *Cien Años de soledad*, *La región más transparente*, y las *Antologías Poéticas* de Mistral y Neruda. Como estas, la obra viene acompañada de presentaciones y comentarios eruditos.

El poeta y director de la Academia Peruana, Marco Martos, ofrece una aproximación a los precedentes literarios de la obra vargasllosana. Sostiene: "Desde el punto de vista lingüístico, Vargas Llosa entrega la modalidad

peruana de manejar el español, palpable en esta primera novela, más que en ninguna otra salida de su pluma, y permite que sea conocida en todos los lugares donde se habla nuestro idioma común". El crítico Oviedo dice del autor: "Estimulado por las ideas de Jean-Paul Sartre, que fue uno de los influjos más decisivos en sus comienzos de escritor, quería dar testimonio del mundo concreto peruano y se comportó como un escritor cabalmente realista". El ex director de la Real Academia Española y actual director del Instituto Cervantes, Víctor García de la Concha, escribe: "...una formidable obra de arte del lenguaje, que hace medio siglo contribuía a abrir un "camino no usado" en la novela en lengua española, el de la "síntesis crítica de la sociedad y de la imaginación". Darío Villanueva, de la RAE, caracteriza la novela como exponente de la más depurada teoría de la literatura. El español Javier Cercas coincide con Oviedo en que "*La ciudad y los perros* es una de las mejores novelas escritas en español". Carlos Garayar, estudia la obra desde las innovaciones narrativas que ella propone y dice que "las más visibles son las estructurales, los bruscos cambios de tiempo y de narrador... que provocan y exigen un nuevo tipo de lector". El estadounidense John King repasa las reacciones adversas que se desataron, especialmente en el Perú. Los militares la calificaron como "obra infernal, repugnante, injuriosa de la dignidad nacional". Ordenaron quemarla en el patio del Leoncio Prado. Efraín Kristal indaga las fuentes biográficas y literarias de la obra, también desnuda ciertos caracteres de sus personajes y se refiere a la motivación socio-política del autor, cuando dice: "*La ciudad y los perros* entronca con la convicción que Vargas Llosa tenía de la burguesía peruana en su época socialista como una clase social que carece de escrúpulos morales". Cierran la publicación un índice bibliográfico de y sobre Vargas Llosa, elaborado por Miguel Ángel Rodríguez Rea, y un glosario e índice onomástico de Carlos Domínguez y Agustín Panizo.

Hay una versión cinematográfica de *La ciudad y los perros* estrenada en Lima en 1983, dirigida por Francisco José Lombardi. En la entonces Unión Soviética (1986), se produjo el filme *Jaguar*, inspirado en la novela, bajo la dirección del cineasta chileno Sebastián Alarcón. Se conoce también una adaptación teatral hecha en la Pontificia Universidad Católica del Perú, estrenada el 31 de marzo de 2012, por un elenco que dirige Edgar Saba.

La Paz, 2 de octubre de 2012